

## LA GRUA NO ES SOLUCCION

El espectáculo ofrecido por la flotilla de grúas municipales en Hermanos Bécquer, espectáculo que terminó, al parecer, con la detención de seis personas, no puede ser más lamentable. No vamos a poner en duda aquí la justicia de la medida particular ni las razones que existieran para llevar a cabo dichas detenciones. Al parecer, la actividad desbordada de la grúa provocó el descontento del público y tuvieron lugar algunos abusos y pequeños gritos. Pero en cualquier caso, ¿no es esta nuevamente una ocasión en que los periódicos hemos de dar nuestra voz de alarma respecto a la grúa?

\* \* \*

Hace pocas semanas *Informaciones* ofreció en sus páginas centrales un extenso reportaje sobre el no cumplimiento del bando de la carga y descarga. Este es, sin lugar a dudas, uno de los entorpecimientos más serios para el tráfico de la ciudad, y a pesar de las duras palabras del Ayuntamiento, el bando se ha quedado en papel mojado. Cualquiera puede comprobar cómo camiones de mayor o menor tonelaje atraviesan a no importa qué horas Madrid y se detienen hasta en doble fila, y en presencia muchas veces de los agentes municipales, a realizar su cometido. La pasividad administrativa de nuestros municipios es al respecto sobrecogedora, sobre todo si se compara con la actividad febril de la susodicha grúa. Pero ello es sólo un ejemplo. ¿Tendremos que recordar también los otros de la conducción temeraria de los autobuses de la E. M. T.; los de la recogida de basuras por el propio Ayuntamiento a las doce de la mañana; los de las interminables obras que nos han sorprendido nuevamente en otoño, estrangulando el tráfico de la ciudad? Evidentemente, el Ayuntamiento no puede lanzar la primera piedra en cuanto a acusar del incumplimiento del Código se trata.

\* \* \*

Los problemas son graves, lo sabemos. Pero hay que buscar soluciones adecuadas. Los madrileños no aparcen en lugar prohibido por el gusto de hacerlo ni por desafiar al peligro, no se suben a las aceras para hacer sufrir apostas a las balistas de sus coches ni se exponen inútilmente a que les den un golpe aparcando en doble fila porque les viene en gana. Los madrileños aparcen mal porque no tienen donde aparcar bien. Los madrileños aparcen donde pueden y como pueden porque llega un momento en que es preciso hacerlo como sea. Los madrileños, no lo olvidemos, pagan un impuesto que equivale a una tasa de aparcamiento... Debieran tener donde aparcar... Ahora podrán hacerlo en algunos sitios — nuevos aparcamientos — a duro la hora.

¿Es éste un nuevo sobreimpuesto? Los madrileños ven con sorpresa y con dolor cómo se construyen casas de nueva planta sin garaje en los sótanos, incumpliendo las Ordenanzas. Los madrileños contemplan atónitos cómo las barriadas de nueva construcción poseen calles estrechísimas, con problemas ya de tráfico, y todo ello porque el Ayuntamiento permite ordenaciones urbanas que favorecen la especulación del suelo y estrangulan la vida de la ciudad.

\* \* \*

Pero el Ayuntamiento ha encontrado la varita mágica que todo lo soluciona: la grúa o el «palo y tiente tieso». ¿Tendremos que decir más? La grúa, señores, se podrá llevar 10, 100, 500, 1.000 coches todos los días. La grúa — cuya licitud jurídica de actuación se discute — podrá hacer «razzias» como la de Hermanos Bécquer. Pero el tráfico madrileño, los transportes, la especulación del suelo, el bando de la carga y descarga y tantas otras cosas no se van a arreglar por eso. El Ayuntamiento debiera saberlo. Y dedicarse a solucionar problemas en vez de atemorizar a los ciudadanos.

### NUESTRAS CIUDADES ESTAN ENFERMAS

#### SU TEJIDO URBANO YA NO DISPONE DE RECURSOS DONDE PODER ALBERGAR Y CANALIZAR LA CONGESTION Y LA EXPANSION

#### LOS ULTIMOS RESCOLDOS DE CONVIVENCIA CIUDADANA SE SACRIFICAN EN ARAS DE UNA TECNOLOGIA INCONTROLADA

Los problemas provocados por la congestión han sido recogidos por la gestión urbana en tres grandes apartados, que han intentado reconquistar y ordenar el suelo urbano como función primordial para cualquier proceso en la remodelación o planificación del crecimiento urbano. Estos apartados, reglamentación del aprovechamiento del suelo, exacción y adquisición pública del suelo, han resultado poco eficaces. La política de reglamentación en países poco desarrollados ha constituido un verdadero escándalo; la violación de las restricciones impuestas se ha visto adulterada en muchas ocasiones por los mismos programadores de la ley; no existe mecanismo necesario para poder hacer cumplir la ley; la falta de planificación a otros niveles en estos países se orienta hacia un estímulo de inversiones en el campo de la construcción, situación ésta que impide la adopción de reglamentos restrictivos que puedan frenar las inversiones. La

política de imposición de tributos sobre solares, aun en los países altamente desarrollados, resulta demasiado confusa, y sus resultados han sido bastante ineficaces. Decepcionada ante los resultados de la reglamentación y tributación, la Administración pública trata de llevar a cabo sus propias inversiones, controlando el suelo de la futura expansión a escala urbana, y en países como Inglaterra, a escala regional. Esta fórmula de adquisición de la propiedad por parte de la Administración pública parece por el momento en nuestra «sociedad-propietaria» ser la fórmula que hiera menos la sensibilidad de posesión ante la fiscalización nacional del suelo.

Esta destrucción mítica de la propiedad, o al menos una configuración más idónea a una sociedad con prerrogativas cuantitativas como es la sociedad de masas, allanaría una de las imágenes más falsas de nuestra sociedad contemporánea: el acceso a un concepto anticuado de propiedad; las grandes corrientes demográficas de nuestros días llegando a las abigarradas ciudades para apoderarse de unos fragmentos de espacio, con el trabajo hipotecado de toda su vida. Este fraude halagador que nos ofrece las motivaciones del urbanismo económico está lesionando el tejido urbano de nuestras ciudades y marginando la puesta en marcha de las muchas propuestas y proyectos, que se ven avasallados por una mecánica ciega de intereses sin escrúpulos.

Las tareas que debe realizar la Administración pública, control y programación de bienes y servicios que ha de suministrar, se ven adulterados en su base misma; un principio de autoridad implicado en el sistema político, que convierte problemas de servicio a la comunidad en situaciones de compromiso con la tesis política del poder vigente, creando en la opinión pública la convicción de que es la administración la llamada a gobernar. La complejidad de nuestro entorno urbano actual no puede regirse por situaciones de compromiso: basta observar la decadencia y falta de inoperancia de las administraciones locales y los municipios, y es oportuno señalar que las corporaciones y ayuntamientos que tienen vigencia, como los Ayuntamientos de algunas comunidades inglesas y nórdicas, son entidades más parecidas a centros de investigación urbana que a las rutinarias oficinas de trámites y compromisos.

Se impone una revisión del principio de autoridad que garantice la participación de todo ciudadano para hacer sentir su influencia y controlar la gestión. La especialización de nuestra cultura tecnocrática ha originado de forma vertiginosa una multiplicación de categorías y una derivación inusitada de especializaciones que incapacitan la comprensión global de los fenómenos, y así el ciudadano, por una incompetencia cultural (no para formular soluciones, que no es su cometido, sino para concebir situaciones), relega su responsabilidad en el «experto», entendiendo que por su grado de especialización dispone de la verdad objetiva. Esta ausencia y renuncia a ser protagonista del medio está provocando la «des-socialización del

individuo», y las formas de convivencia humana están sufriendo la crisis más profunda de su existencia.

La enfermedad en nuestras ciudades comienza a ser un hecho, adormecido y camuflado por 100.000 estupefactos. La ciudad es un auténtico arsenal donde poder encerrar el poder político, financiero y tecnológico, y su tejido urbano ya no dispone de recursos donde poder albergar y canalizar la congestión y la expansión. En la conciencia colectiva del ciudadano se ha producido una inversión de valores; los procesos tecnológicos son considerados como algo independiente y autónomo de las necesidades humanas, y no es de extrañar el poder comprobar cómo la ciudad sacrifica los últimos rescoldos de convivencia ciudadana en aras de una tecnología incontrolada, y cómo, estrenando sus efectos, trata con una actitud irracional de recabar modos y modelos del pasado, intentando acallar la magia tecnológica en lugar de controlar y racionalizar su potencia y capacidad científica.

### Es hora de encarar la realidad

Sobre la emocional conducta de los predicadores apocalípticos o los falsos profetas de la teoría urbana, que tratan de dulcificar nuestro ambiente con regresiones victorianas o alucinantes historias de ciencia ficción, es hora de encararse, haciendo realidad el hecho de que la vida y el crecimiento no dependen de la falta de condiciones negativas, sino de un suficiente grado de equilibrio y de un suficiente grado de energía constructiva. Es hora ya de comenzar a conmover la enmohecida conciencia ciudadana de nuestras comunidades e imbuirles la necesidad de hacer protagonistas de sus vidas, de fomentar la condiciones para un desarrollo más elevado de su capacidad racional, de descubrir en la cultura ciudadana de nuestros días las relaciones más fundamentales de la convivencia humana; sin este grado de interacción, sin la necesaria presencia del «otro», la conducta colectiva se hace intolerable.

Con bastante frecuencia se utiliza el valor simbólico de las formas arquitectónicas para crearnos la ficción de un modelo ambiental, ignorando un hecho fundamental, que es disociar el contenido de la forma.

«Prefender — escribe una joven psicóloga española — que unas formas arquitectónicas más o menos elaboradas, ajenas al protagonista, van a ser válidas, es disociar el contenido de la forma, relegando a puro objeto estético lo que la Arquitectura tiene de adecuación humana, pues quien imagine al individuo aislado de su ambiente incurre en una ficción teórica, ya que ser vivo y ambiente están situados en una relación de correspondencia, formando un todo polar.» Gran parte de la angustia que experimentamos en nuestras ciudades está provocada por la falta de comprensión del medio ambiente, en la imposibilidad de comprender su lenguaje que desemboca en una mitificación de los signos y símbolos urbanos; la tensión perceptiva, la ausencia de una identidad visual, la monotonía y rigidez, la ausencia de elasticidad que reseña el

tejido de nuestras ciudades son muestras más que patentes de la falta de potencial creativo, de arquitectos y urbanistas que, salvo singulares excepciones, no han sabido potenciar poéticamente la capacidad creadora de nuestras convivencias en grupo. Es cierta y exacta la dura crítica de un historiador contemporáneo al denunciar el compromiso de fraude contraído con la sociedad por parte del arquitecto contemporáneo. «Mixtificadores de la nueva ciencia, aduladores tardíos del progreso, expertos en la semiciencia y propagandistas emotivos del pensamiento social» han hecho posible el cuadro lamentablemente triste que tenemos que habitar.

### **Difundir cultura urbana**

Con bastante frecuencia se requiere del artista la búsqueda de los valores escondidos en los miembros de la sociedad, de forma que pueda estimular a descubrir y disfrutar cuáles son las propias ideas sobre la vida. No creo que las épocas anteriores necesitaran tanto de una orientación y unos estímulos con que poder iniciar los esquemas más esenciales de unas formas de vida. De aquí la necesidad de sustituir viejos estamentos, cuya operatividad está consumada. El enriquecimiento social, visual y plástico de la sociedad de masas no puede estar mantenido por arquitectos y artistas del trámite o mercaderes sin escrúpulos. Sus respuestas no pueden estar mantenidas sólo por los criterios de la eficacia, sustentando una técnica que sólo admite estos postulados; tendremos que puntualizar con Merlou Ponty que es «el sistema el que suscita una clase de hombres que no pueden mantenerse en vida sin negar la condición de mercancía que les ha sido asignado»; no es, pues, de extrañar que la reconsideración de nuestro entorno, el ámbito donde se realizan nuestras relaciones, esté dañado en sus fundamentos. Nuestras ciudades crecen según los principios que marca la mercancía, la «especulación y el consumo».

Toda esta serie de consideraciones nos lleva sin duda a programar y difundir una cultura urbana que esté marcada por un conocimiento racional de nuestra sociedad de masas. Se necesita no sólo una actitud de protesta que canalice las denuncias de nuestra sociedad, sino también una reestructuración de los métodos de trabajo. Las formas de vida democrática requieren de una programación más racional y científica que pueda anular los supuestos irracionales que sofocan nuestro ambiente. Es necesario crear un cuadro de interrelación que pueda transformar el medio en una entidad poéticamente habitable; es decir, la ciudad que recoja la variedad de tipos, factor esencial de la imagen urbana; espacios que proclamen la nueva estética de crecimiento y el cambio; la ciudad no planificada en función de su esquema en movimiento, el cual es virtualmente un fin en sí mismo.

### **Desconocimiento de «la gran mayoría»**

Si tuviéramos que resumir algunos de los aspectos a nuestro juicio más esenciales para un reajuste de

nuestras actuales formas urbanas, lo expresaríamos en los siguientes apartados:

- La forma urbana no debe nacer de una concepción esteticista. Su análisis requiere de un método más científico en el sentido de que los condicionantes que la integran tienen una base que podría encajarse en una «antropología de la realidad».
- La forma urbana debe tener un carácter transitorio; los valores fijos que se le asignan al uso y destino de la forma urbana crean una ciudad cerrada, fija e inamovible, que la hace inoperante como forma contenedora, ya que los supuestos que rigen nuestras pautas de convivencia y sus usos son dinámicos, variables y de constante cambio.
- La forma urbana no debe fundamentarse en los viejos conceptos de «la representatividad», sino en imágenes arquitectónicas socialmente válidas.
- Su expresión «arquitectónica-urbanística» debe ser producto de un análisis específico del espacio, que habrá de estar relacionado con el uso y las necesidades de la naturaleza humana.
- La ciudad en sus expresiones formales deberá ser producto de las necesidades colectivas de la comunidad y no abstractos esquemas de sus rígidos planificadores.
- Las soluciones parciales que acometen los reformadores urbanos están en función de las deformaciones que provocan «los bienes de consumo», no habiéndose establecido una planificación en paralelo de producción, uso y consumo.
- La forma urbana de una gran parte de las realizaciones contemporáneas no ofrece más que artificiosas imágenes superficiales, muy próximas a la depresiva y deplorable uniformidad con que nos obsequia nuestra sociedad-consumo.
- La ciudad, cuando ha sido propiedad de una minoría — religiosa, política, financiera —, sus formas urbanas hacen patente su propiedad; la ciudad de la mayoría permanece reducida a formas elementales, casi siempre vulnerables; su resultado es una arquitectura incongruente y un urbanismo atroz.
- La ciudad hacia la que vamos es la ciudad de una propiedad universal, de la «gran mayoría». Este desconocimiento de «la gran mayoría» condiciona el que se siga operando con la abstracción del espacio y el tiempo y no en orden a los principios básicos de una «realidad antropológica».